

manzanas cocidas. Este banquete resultó excelente. Por doquiera, alrededor nuestro, encontrábamos tesoros científicos, en parte ya descubiertos y otros á nuestra disposición siempre que quisiéramos; á lo lejos oíase el fragor de las olas cuando rompían contra el borde del hielo, pareciéndonos un halagüeño saludo de lejanas orillas. Magnífica y abundante comida nos ofreció la Naturaleza, ¿por qué, pues, no habíamos de estar contentos y alegres, aunque fuera de momento? El frío no se dejaba sentir excesivamente cuando salíamos fuera de la tienda.

Quizás será superfluo indicar la inmensa diferencia que existía entre semejante vida de exploración durante el invierno y el verano. En la estación más cruda se experimenta, aún después de haber comido bien, un frío que apenas permite pararse para descansar un poco fuera del campamento; las ropas se ponen tiesas por la helada y la misma capucha se hiela dentro de casa. En tales circunstancias, resulta verdaderamente desagradable tener que desempeñar ciertos trabajos manuales, mayormente, cuando todos los objetos están endurecidos por el frío é inmanejables; por poco que podíamos, en estos casos nos metíamos en el saco de dormir que cada cual debía calentar para que resultase algo soportable nuestra situación, y á la mañana siguiente continuaba de nuevo la misma vida. La primavera es, por el contrario, la única época del año aprovechable para hacer largas marchas, tanto en las regiones antárticas como en las árticas, ya sea porque es de más duración el día y algo menos frío que durante el invierno, ya sea porque el hielo se presta más para caminar sobre él que durante el verano.

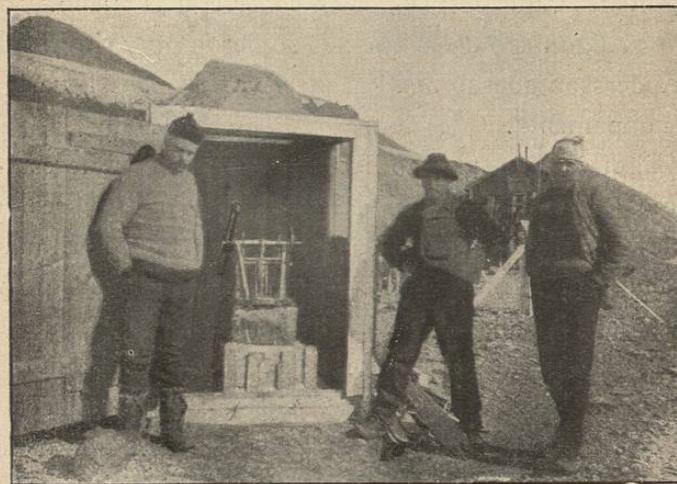
En cambio resulta más agradable la vida expedicionaria durante el tiempo de verano, pues, aunque haga frío, cuesta muy poco conservar seco el equipo poniéndolo al sol. La diferencia mayor consiste en que puede uno sentarse, tanto fuera, como dentro de la tienda, sin experimentar frío y sin tener que introducirse á lo mejor en los sacos de dormir para entrar en reacción. La vida en un lugar de campamento, tal como nosotros lo disponíamos, puede muy bien compararse á la accidentada de un turista que se interne por las regiones más desiertas, donde no cuente con otra ayuda que su propio esfuerzo y los medios que le brinde la Naturaleza.

Disfrutábamos por entonces días magníficos. Por la mañana tomábamos nuestro café y preparábamos beefsteaks de pájaro bobo ó de foca joven; después salíamos de exploración tan pronto como estábamos preparados, y por la noche, el que regresaba primeramente á casa, se ocupaba en disponer la comida, que consistía generalmente en sopa espesa ó gachas, verduras secas y carne de pingüino cortada en trocitos. Cuando el tiempo estaba hermoso, parábamos lo menos posible en la tienda. Durante las tempestades y el mal tiempo, pasábamos, en cambio, largas horas sentados dentro de casa, ocupándonos en la clasificación de las petrificaciones recogidas, ó leyendo en alta voz hasta la última línea de los periódicos que habíamos llevado para envolverlas. Sobral y yo escuchábamos atentamente la mayor parte del tiempo, y Andersson, que era el último que había estado en contacto con el mundo, relataba toda clase de novedades, aun cuando su fecha no era muy reciente. Durante estas veladas, escuché por primera vez interesantes relaciones de los sucesos ocurridos durante todo aquel tiempo en

los países civilizados, poniéndome al corriente de lo más indispensable para poder cambiar impresiones con mis compañeros dentro del ramo científico que más particularmente me interesaba. Me enteré también extensamente de cuanto se comentó respecto á los trabajos efectuados por la expedición desde que yo la dejé, y llegué á acariciar halagüeñas esperanzas sobre el resultado de nuevos trabajos de exploración que teníamos pensado realizar cuando regresara el buque. Pondría finalmente remate á todo, nuestro feliz regreso á la patria, donde nuestras familias y amigos nos esperarían ansiosamente. Mientras tanto llegase el momento de la partida, no podíamos quejarnos seguramente de nuestra reducida sociedad, pues lo mismo después de llegar nuestros nuevos compañeros, que antes, en la estación invernal, siempre reinó entre todos nosotros la mayor unión y armonía.

Pocas veces se había encontrado nadie en situación parecida á la mía durante este tiempo. La expedición no estaba aún terminada, todavía vacilábamos entre la esperanza y el temor, aunque todas las probabilidades estaban en favor nuestro, y á pesar de todo, se había interrumpido la monotonía de aquellos dos años mortales por otra vida más sociable. Cuando escribo estos renglones, mis pensamientos vuelan á través del mar hacia aquella isla tan rica en tesoros científicos y en perdurables recuerdos para la expedición. De esta última semana guardo solamente gratas impresiones y jamás recordaré tales días sin experimentar un vivo reconocimiento hacia el compañero, cuya presencia en aquellos parajes formaba la última parte de una atrevida empresa para acudir en nuestro auxilio, después de haber cooperado tan valiosamente en todos los trabajos preparatorios de la

expedición. Hubo momento en que pensamos con inquietud que el esperado buque llegaría demasiado pronto. En realidad, nos parecía que en aquella época del año no sería probable que nos llegase otro auxilio que el del «Antártico», tendríamos, pues, que celebrar con júbilo su llegada; más, por otra parte, nos faltaba aún realizar



Junto al observatorio en tiempo de verano.

muchos trabajos interesantes, y anhelábamos disponer de algunas semanas de buen tiempo antes de abandonar aquellas regiones. Por entonces no podía quedarme allí más tiempo; tenía que regresar á la estación por algunos días para cooperar en la disposición de los planes que teníamos proyectados. Sin embargo, el 2 de noviembre hacía demasiado buen tiempo para separarse de los expedicionarios, y decidí con Andersson emplear este día en una larga marcha hasta la isla de Cockburn, donde aun no había estado. Empleamos cuatro horas en llegar desde nuestro campamento; mientras Andersson recogía

fósiles, probé yo si podía trepar á las alturas por el acantilado nordeste; pero tuve que quedarme al pie de la última muralla vertical. Visitamos después los contornos, encontrando el lugar habitado por los cormoranes. La mayor parte de sus nidos estaban aún vacíos; pero en algunos veíase ya uno ó dos huevos. Los pájaros eran tan mansos, que casi se podían coger con la mano. Comimos algunos huevos que nos supieron muy ricamente y Andersson guardó una buena provisión para llevarlos al campamento.

El día fué en extremo hermoso y desde donde estábamos podíanse distinguir perfectamente las cumbres de los montes que rodean la bahía de la Esperanza. El mar estaba libre de hielo hasta la isla y únicamente aquí y allá veíanse algunos restos mezclados con agua que se habían disgregado de bloques lejanos durante la última tempestad. Unas cuantas focas hallábanse en la orilla con sus crías, y todo el cuadro era tan hermoso, que nada dejaba que desear. A eso de las siete emprendimos el regreso á casa. El sol se había dejado sentir bastante; pero después bajó nuevamente la temperatura, y el hielo de tierra se presentaba en vastas extensiones liso y brillante como un espejo; con gran dificultad podíamos permanecer de pie sobre él, y el estado del camino era lo más á propósito para patinar. Al adelantar el crepúsculo se nos hizo la marcha muy pesada á través del valle transversal: por todas partes encontrábamos hondonadas llenas de nieve, viéndonos obligados á vadear algunas charcas de nieve profunda mezclada con agua. Por fin logramos arribar á la tienda. Sobral acababa de regresar hacia poco, después de una jornada bastante fatigosa. Había logrado hacer una determinación magnética en la punta

norte de la isla y colocó después los instrumentos en el sitio donde debía hacerse la próxima observación.

Descansamos á nuestro gusto durante la mañana siguiente y, después de almorzar, emprendí el regreso á casa. Marché sobre la planicie de la isla de Snow-Hill, entonces cubierta de una profunda masa de lodo, y llegué á la estación invernal al mediar el día. Duse, que tenía ya el pie sano, arregló su equipo de trabajo. El día siguiente emprendió una excursión en trineo á la isla de Lockey, en unión de Ekelöf y Jonassen. Llegué, pues, á tiempo para hacer compañía á Bodman y ayudarle en las observaciones los días sucesivos. Los días 4 y 5 me quedé en casa ocupado en trabajos cartográficos del ventisquero. El día 6, después de haber hecho guardia por la mañana, volví, después de almorzar, á la isla de Seymour, llevándome un equipo bien provisto, que debería contribuir á que mi excursión fuese más llevadera. Tenía pensado reemplazar á Sobral, que por entonces había concluido sus trabajos magnéticos, y pensaba regresar á casa para reanudar las observaciones cerca de la estación. Anduve sobre el hielo de mar tanto como pude; cuando llegué al límite, seguí una estrecha y escarpada faja de hielo que casi en toda su longitud seguía costeando la tierra. Había hecho más de tres cuartas partes del camino y me disponía ya á descansar, cuando vi á lo lejos dos bultos oscuros que venían hacia mí.

Primeramente los tomé por dos pájaros bobos, pero pronto reconocí en ellos á Andersson y Sobral, que apresuraban su regreso á casa. El primero se había quemado la mano derecha por haberse derramado una cazuela llena de grasa hirviendo al retirarla de la cocina «Primus».

Por este motivo habían desmontado la tienda, poniéndose en marcha hacia la estación en busca del auxilio necesario que le prestaría el facultativo.

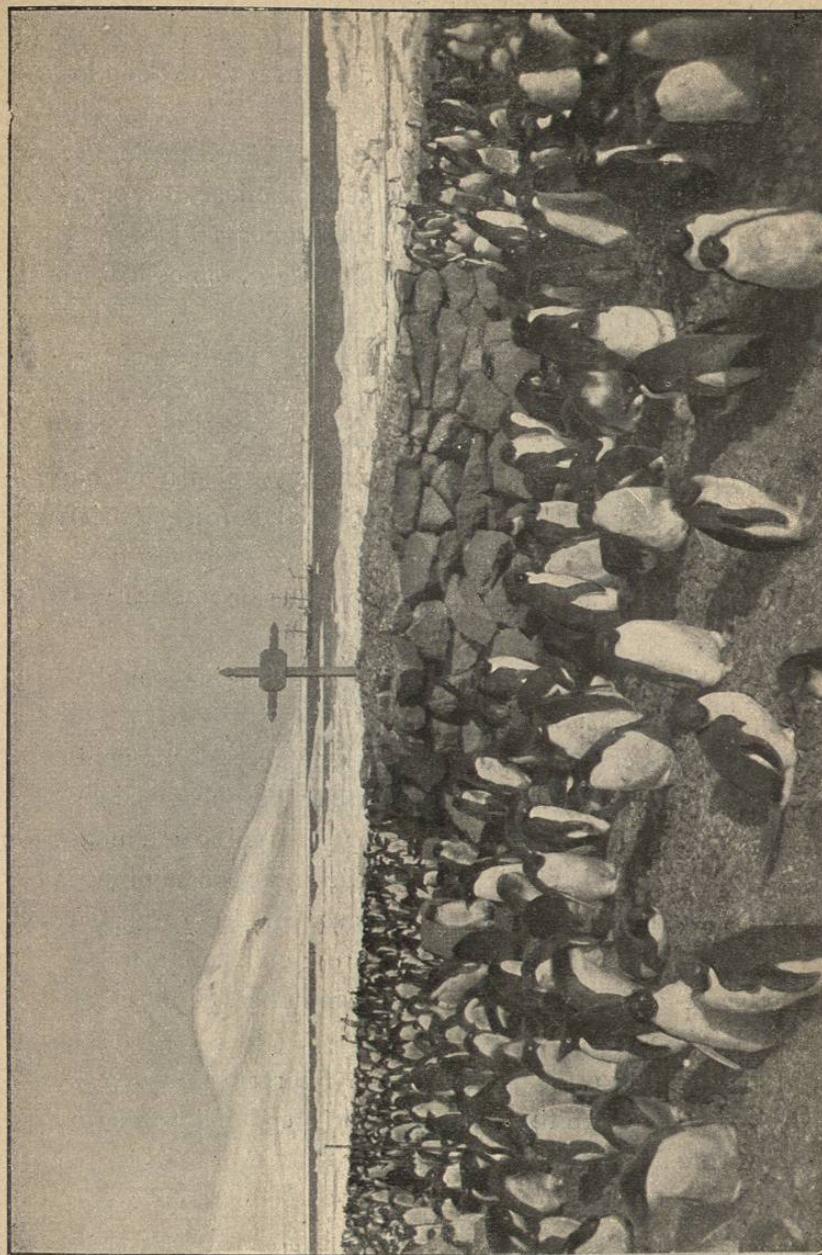
Este accidente constituía un contratiempo para todos, inquietándonos en gran manera por si la quemadura pudiera tener graves consecuencias, además de que los trabajos de Andersson quedarían forzosamente interrumpidos.

Después que le reconocí, abrigué, sin embargo, las mejores esperanzas, y desde luego combinamos el plan para regresar juntos lo más pronto posible á nuestro campo de exploración: por de pronto, los acompañé á casa desistiendo de continuar mi expedición. Durante el camino contáronme detalladamente sus excursiones, haciéndose lenguas de los hermosos días que gozaron últimamente.

Habían recogido, además, los primeros huevos de pájaro bobo y matado una pequeña foca, cuya carne y grasa habían guardado en un depósito, apartando la sangre para freirla; entonces precisamente fué cuando tuvo Andersson la desgracia de quemarse la mano.

Bodman se entusiasmó tanto cuando oyó esta relación, que decidió aprovechar aquella oportunidad, mientras la tienda y el equipo no estaban en uso, llevándose á Akerlund el día siguiente con objeto de recoger un stock de huevos de pinguino para nuestro consumo en la estación.

Fué una contrariedad que no estuviese entonces el médico, más la ausencia de los que partieran en el trineo no podía prolongarse mucho y esperábamos su regreso el siguiente día; interinamente curamos nosotros la mano á Andersson. Bodman y Akerlund se habían marchado



Tumba de Wennersgaard.—Al fondo se ven las islas de Dundee y Uruguay.

por la mañana, mientras Grunden se encargó de todo lo concerniente á la cocina.

Mientras tanto transcurría el día sin parecer ningún expedicionario, tuve que decidirme á practicar otra cura á Andersson. Entonces, cuando precisamente á las once empezaba á estar todo en orden en la casa, oímos ladrar los perros y muy pronto llegó el trineo á la orilla. Habían disfrutado un magnífico tiempo, y Duse se había procurado bastante material para el mapa, logrando escalar la isla de Lockyer, que tiene 450 metros de elevación. Vieron muchas focas durante sus jornadas y trajeron buena provisión de carne, así como algunos labos (megalestris) que, á fuerza de verse continuamente acosados por nosotros, habían abandonado el año anterior nuestra vecindad.

El libro diario del 7 de noviembre, termina con las siguientes líneas:

«Las observaciones nocturnas hicieronse por mucho tiempo sin linterna, y hoy es el primer día que cenamos á obscuras. Gracias á que la noche es magnífica; la luna, que se levanta detrás de la isla de Seymour, nos alumbrá majestuosamente. Todo á nuestro alrededor parece tomar un aspecto triste de invierno; el hielo intacto se extiende á lo lejos, bajo el cielo sin nubes, de un color azul pálido.»

Bien lejos estaba entonces de figurarme que estas líneas serían las últimas que escribiría en el libro diario referente á la estación invernal.

CAPITULO XX

Un día como los demás

El 8 de noviembre de 1903.—Llegada de la expedición de auxilio argentina.—Relato de Bodman sobre su inesperado encuentro.—Nos alistamos para dejar la estación.—Larsen, K. A. Andersson y demás compañeros llegan de la isla de Paulet.



Preparativos de marcha.

EL 8 de noviembre empezó, como tantos otros de los días transcurridos últimamente, con tiempo hermoso y sin que ocurriese nada de particu-

lar. Almorzamos, y yo me quedé en la vivienda durante la mañana, sin arriesgarme á preparar excursiones largas antes de que todos hubiesen vuelto á casa. Esperábamos con seguridad el regreso de Bodman por la tarde.

En estas ó parecidas circunstancias no me causaba la menor emoción cuando un compañero entraba en la sala, donde me entretenía escribiendo, á darme cuenta de que alguien se acercaba en dirección á nosotros, sobre el hielo. En aquella ocasión, sin embargo, era extraño que fueran cuatro personas las que llegaban. No podíamos figurarnos que los expedicionarios de Seymour regresasen tan pronto, pero, de todos modos, serían ellos indu-